



TEMPLO HERMANA TERESA

"¿Cómo ser?"

20/12/2025



“¿Cómo ser?”

Queridos hermanos y hermanas.

En esta Ceremonia de hoy queremos reflexionar con ustedes respecto a una frase que Carlos nos compartió y que dice:

“Voy por la ruta de la vida, como quiero ser, no como la vida quiere que sea. “

Voy por la ruta de la vida. No es una autopista perfecta ni un camino siempre recto. Tiene curvas inesperadas, tramos de niebla, subidas empinadas y, a veces, pozos que no vimos venir. Pero aun así, sigo avanzando. Y mientras avanzo, tomo una decisión que lo cambia todo: voy como quiero ser, no como la vida quiere que sea.

Porque la vida, muchas veces, pretende moldearnos desde afuera. Nos empuja con sus golpes, nos aprieta con sus urgencias, nos susurra miedos y nos grita exigencias. La vida quiere que seamos rápidos cuando necesitamos ser pacientes. Quiere que seamos duros cuando el alma pide ternura. Quiere que nos adaptemos, que callemos, que aceptemos, que sigamos la corriente. Pero hay un punto, un instante sagrado, en el que el ser humano descubre que vivir no es sólo resistir, sino elegir.

Elegir cómo caminar, aun cuando el terreno no sea amable.

Elegir quién ser, aun cuando el contexto no acompañe. Elegir la luz, aun cuando la sombra parezca más fácil.

Ir por la ruta de la vida como quiero ser no significa negar la

realidad. No significa cerrar los ojos a las dificultades ni fingir que todo está bien. Significa algo más profundo: significa no permitir que lo externo destruya lo esencial. Significa no dejar que lo que me pasa defina lo que soy.

La vida puede intentar endurecernos, pero yo elijo no perder la sensibilidad. Puede tentar con el resentimiento, pero elijo no abandonar la bondad. Puede empujar al egoísmo, pero elijo la solidaridad. Puede invitar al miedo, pero elijo la Fe. Porque hay algo que la vida no puede arrebatar si uno no se lo entrega: la identidad del alma.

Ser como quiero ser es un acto de valentía silenciosa. No siempre se aplaude. Muchas veces se malinterpreta. A veces se confunde con terquedad, con rebeldía, con debilidad. Pero en realidad es fortaleza. Es coherencia. Es dignidad espiritual.

Ser como quiero ser es levantarme cada día y decir: hoy no voy a vivir reaccionando, voy a vivir eligiendo. No voy a dejar que el enojo marque mi carácter. No voy a permitir que el dolor se transforme en amargura. No voy a dejar que la injusticia me convierta en injusto. No voy a permitir que la prisa del mundo me robe la paz del alma.

Y aquí aparece la Fe, no como una idea lejana, sino como una fuerza íntima. La Fe es la que nos recuerda que no estamos solos en esta ruta. Nos recuerda que Dios camina con nosotros, aun cuando no lo veamos. Que hay un sentido más profundo que no

depende de las circunstancias. La Fe no evita las tormentas, pero nos enseña a caminar bajo la lluvia sin perder el rumbo.

Porque el verdadero desafío no es lo que la vida nos hace, sino lo que hacemos con lo que la vida nos hace.

Permítanos compartirles una historia que ilustra estas palabras.

Había una vez un hombre llamado Julián, que cada mañana recorría el mismo camino de tierra para ir a su trabajo. Era un sendero largo, polvoriento en verano y barroso en invierno. Muchos se quejaban de ese camino. Decían que era injusto, que era cansador, que siempre estaba mal. Julián lo sabía, lo sentía en los pies y en la espalda, pero nunca hablaba mal del camino.

Un día, un vecino le preguntó:

—¿Cómo hacés para caminar todos los días por este sendero sin amargarte?

Julián sonrió y respondió:

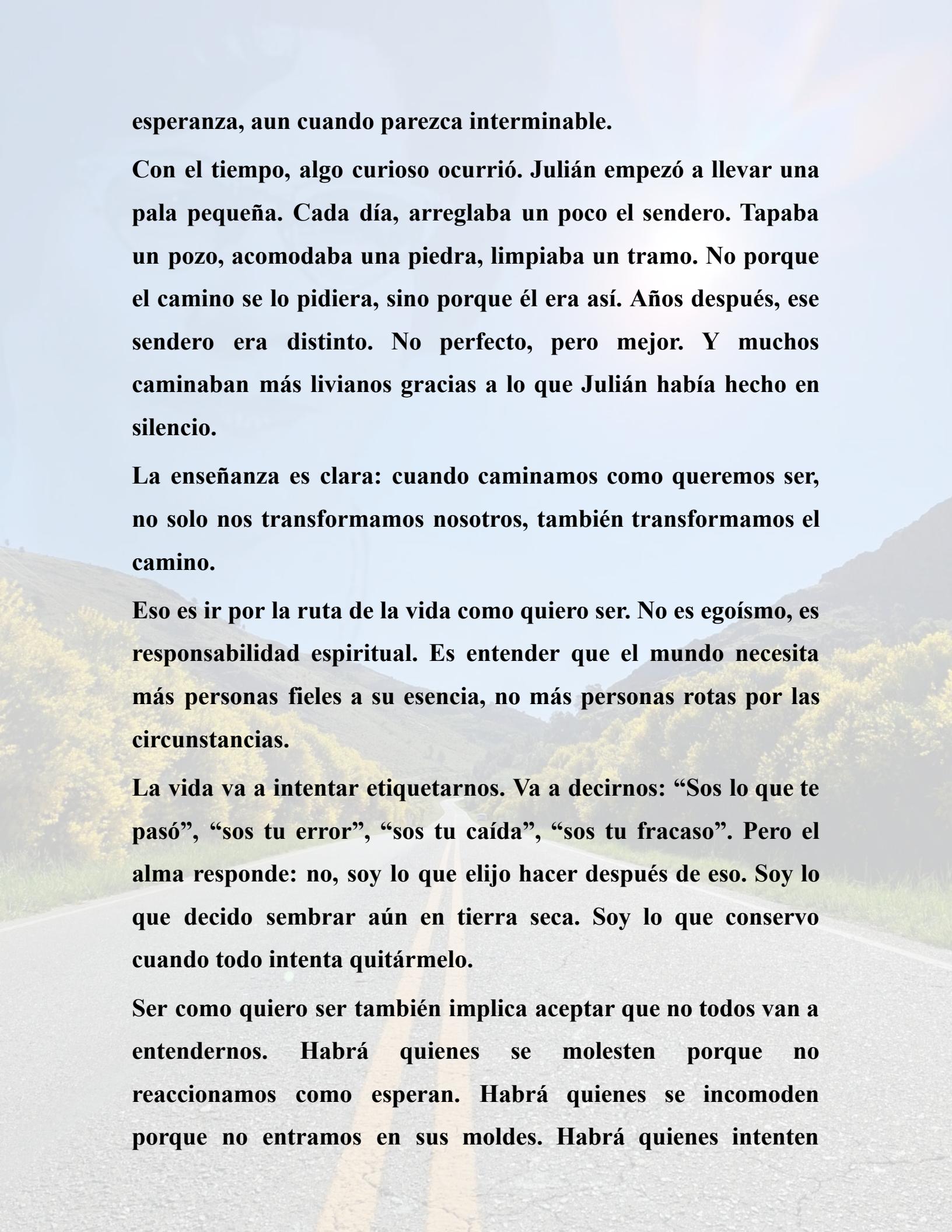
—Porque yo no camino según el camino, camino según lo que soy.

El vecino no entendió y volvió a preguntar:

—¿Cómo es eso?

Julián se detuvo, miró el horizonte y dijo:

—Si dejo que el camino decida cómo estoy, siempre voy a llegar enojado. Pero si decido quién soy antes de salir, el camino no me cambia. Yo elijo ir agradecido, aun cuando el camino sea duro. Elijo ir en paz, aun cuando esté lleno de barro. Elijo ir con



esperanza, aun cuando parezca interminable.

Con el tiempo, algo curioso ocurrió. Julián empezó a llevar una pala pequeña. Cada día, arreglaba un poco el sendero. Tapaba un pozo, acomodaba una piedra, limpiaba un tramo. No porque el camino se lo pidiera, sino porque él era así. Años después, ese sendero era distinto. No perfecto, pero mejor. Y muchos caminaban más livianos gracias a lo que Julián había hecho en silencio.

La enseñanza es clara: cuando caminamos como queremos ser, no solo nos transformamos nosotros, también transformamos el camino.

Eso es ir por la ruta de la vida como quiero ser. No es egoísmo, es responsabilidad espiritual. Es entender que el mundo necesita más personas fieles a su esencia, no más personas rotas por las circunstancias.

La vida va a intentar etiquetarnos. Va a decirnos: “Sos lo que te pasó”, “sos tu error”, “sos tu caída”, “sos tu fracaso”. Pero el alma responde: no, soy lo que elijo hacer después de eso. Soy lo que decido sembrar aún en tierra seca. Soy lo que conservo cuando todo intenta quitármelo.

Ser como quiero ser también implica aceptar que no todos van a entenderlos. Habrá quienes se molesten porque no reaccionamos como esperan. Habrá quienes se incomoden porque no entramos en sus moldes. Habrá quienes intenten

empujarnos a la resignación, al enojo, al “es lo que hay”. Pero quien camina con fe sabe que resignarse no es aceptar, y aceptar no es rendirse.

Aceptar es reconocer la realidad sin perder la esperanza de transformarla.

Y aquí hay una verdad profunda: no somos responsables de todo lo que nos sucede, pero sí somos responsables de quiénes nos convertimos a partir de eso. La vida puede cerrarnos puertas, pero nadie puede cerrar nuestra capacidad de seguir siendo humanos, sensibles, solidarios y fieles a la luz interior.

Cuando elegimos ir cómo queremos ser, la vida deja de ser una lucha constante y se transforma en un aprendizaje continuo. Cada caída enseña. Cada herida profundiza. Cada dificultad revela una fuerza que no sabíamos que teníamos.

Y entonces, aunque el cansancio llegue, no perdemos el sentido. Aunque el dolor aparezca, no perdemos la Fe. Aunque la incertidumbre nos rodee, no perdemos la esperanza.

Porque hay algo más fuerte que cualquier circunstancia: la decisión interior de no traicionarnos a nosotros mismos.

La Hermana Teresa nos dice hoy:

“Hoy, más que nunca, el mundo necesita hermanos y hermanas que caminen así. Hermanos y hermanas que no se dejen endurecer. Hermanos y hermanas que no negocien sus valores. Hermanos y hermanas que no apaguen su luz para encajar.

Hermanos y hermanas que entiendan que la verdadera libertad no es hacer lo que uno quiere, sino ser fiel a lo que uno es.

Ir por la ruta de la vida como quiero ser es decir: voy a amar aun cuando me hayan herido. Voy a confiar aun cuando me hayan fallado. Voy a construir aun cuando otros destruyan. Voy a creer aun cuando no vea resultados inmediatos.”

Y sí hermanos y hermanas, es una decisión diaria. No se toma una vez y ya está. Se renueva cada mañana. Se sostiene con pequeños actos. Con silencios sabios. Con gestos simples. Con coherencia entre lo que sentimos, pensamos y hacemos.

Y al final del camino, cuando miremos hacia atrás, no importará cuán fácil o difícil fue la ruta. Importará algo mucho más grande: haber sido fieles a nuestra esencia. Haber caminado con el alma en alto. Haber sido luz, aun en medio de la niebla.

Porque la vida puede querer muchas cosas de nosotros. Pero nosotros sabemos algo fundamental: no vinimos a ser lo que la vida impone, vinimos a ser lo que el alma sabe.

Y mientras haya Fe, mientras haya esperanza, mientras haya una chispa de luz interior, seguiremos caminando... como queremos ser.

Que Dios nos proteja, que Jesús nos ilumine, que la Hermana Teresa nos guíe y que María nos acompañe.